

Un vascongado valiente

¡Ahora lo veremos!...

(Episodio del levantamiento y separación de Nueva España)

I

Corría el año 1813...

La insurrección de Nueva España hallábase entonces en su período más álgido. Comenzada en 1810 con el levantamiento, en Dolores, del cura Hidalgo, á quien seguían las clases bajas porque les permitía cometer toda suerte de desafueros y desmanes, sufrió en sus principios tan rudos golpes, que pudo juzgarse su próximo fin; sin embargo, otro cura, don José María Morelos, se alzó de pronto en las provincias del Sur para darla nuevos alientos.

Según las crónicas, era Morelos un hombre de aspecto grave y hasta sañudo, modificado en sentido favorable gracias á una sonrisa que constantemente pugnaba por asomar á sus labios. Enérgico siempre, pero más en los trances apurados, es fama que en los combates su voz tornábase bronca para animar á las tropas y sus ojos relampagueaban...

Morelos no quería á su lado grandes masas; más práctico que su colega Hidalgo, sólo utilizaba la gente que podía armar é instruir, dedicando á ello todos sus cuidados, y así logró fomentar vigorosamente la insurrección.

Victorioso primero en los combates librados contra los realistas cerca de Acapulco y después en Tixtla, Tenancingo, Oajaca y otros puntos, la ocupación de Acapulco, importante plaza defendida por un centenar de cañones, le dió gran renombre y prestigio entre los insurgentes, y para que las esperanzas que éstos concebían no decayesen, decidió acometer á Valladolid.

II

La ciudad de Valladolid, hoy Morelia, capital de Michoacán, fué fundada por los españoles en 1541; eran tan escasos sus medios de defensa, que puede juzgarse de ellos con decir que su guarnición no llegaba á ochocientos soldados.

Morelos, para asegurar más su victoria, dirigióse contra la ciudad con lo mejorcito de sus tropas: unos 10.000 hombres y artillería.

Los primeros ataques, después de algunas alternativas en el éxito, dieron por resultado la ocupación de un fuerte; pero llegando en aquellos momentos las tropas realistas que trataban de socorrer la plaza, trabóse ruda pelea, logrando éstas penetrar en la ciudad el 24 de Diciembre con buen número de prisioneros rebeldes.

No amilanó esto á Morelos. Confiando, sin duda, en que la victoria había de sonreírle al fin, continuó sus preparativos y ordenó que las músicas tocasen en el campo y que su gente se aproximara más á la plaza.

Mientras tanto, en ésta causaba sorpresa grande aquel movimiento de los rebeldes; era preciso saber á qué obedecía tanto alborozo y se ordenó practicar un reconocimiento por algunos jinetes y soldados de infantería.

Entre los jinetes designados figuraban los Fieles del Potosí, cuyo comandante era el teniente coronel don Matías Martín de Aguirre, quien al oír que el jefe nombrado para dirigir el reconocimiento exclamaba: «dícese que son valientes esos Fieles del Potosí», contestó secamente, con ese laconismo característico en los vascongados, más amantes de los hechos que de las palabras: ¡Ahora lo veremos!...

III

La noche había cerrado ya y las huestes de Morelos permanecían tranquilas en los alrededores de la plaza.

Montados los jinetes realistas en sus caballos, colocáronse á la grupa otros tantos infantes, y saliendo de la ciudad en esta forma y con gran sigilo, se metieron resueltamente y sin vacilaciones entre la infantería enemiga, cuyas líneas deshicieron fácilmente.

Siguieron los caballos su carrera, y, al llegar al campamento del propio cura Morelos, apeáronse los infantes realistas y rompieron vivo fuego.

La confusión y el desorden más grandes produjéronse en el campo rebelde...

La obscuridad de la noche y el inesperado ataque por fuerzas cuya composición y número no podían apreciar, causaron efecto tal entre los insurgentes que, rompiendo el fuego unos sobre otros, continuaron combatiendo durante toda la noche, sin que en realidad tuvieran contrincantes pues los realistas se habían retirado á la plaza, y acabaron por huir llenos de terror y dominados por un pánico espantoso, abandonando cañones y pertrechos.

Y mientras en la plaza se comentaba la frase de Martín de Aguirre, aquel vascongado intrépido..., en el campo, en dirección de las lomas de Santa María, el cura Morelos, victorioso tantas otras veces, huía despavorido perdiendo su renombre y su prestigio, que no volvió á recobrar...

Desde entonces los desastres le abrumaron constantemente, hasta que, hecho prisionero en la derrota de Texmalaca, fué pasado por las armas en San Cristóbal Ecatepec el 22 de Diciembre de 1815.

JOAQUÍN USUNÁRIZ.

